

Las sonatas electorales de Ludwig van Beethoven

Rafael Estrada Michel

Debo a la generosidad sin mácula de mi amigo el hoy magistrado federal José Rogelio Alanís la lectura de la completísima biografía que Jan Swafford escribió con Ludwig van Beethoven, el genio de Bonn, como leit motiv. Publicadas por la preciosista editorial Acanalado y traducidas al castellano por Juan Lucas, las más de 1450 páginas develan cuestiones desconocidas o de complicado acceso en torno a esa vida maravillosa y polémica que sigue sorprendiendo y apasionando a las multitudes que, a causa de la epidemia del covid-19, no pudieron festejar cabalmente sus dos centurias y media de nacimiento.

Más allá de sus conocidas posiciones políticas, es poco lo que creíamos asociado entre el compositor y pianista de excepción y el derecho constitucional en su expresión electoral. Swafford, sin embargo, narra la historia de las llamadas tres Sonatas electorales que el niño Beethoven (tenía escasos doce años cuando las compuso, en 1783) dedicó al príncipe elector de la levítica Colonia, el prelado ilustrado Maximiliano Federico. Su maestro, Christian Neefe, uno de los iluminati recalado en Bonn, logró con las Electorales un efecto pianístico de altos vuelos: el efecto que iba a tornar célebre al futuro sordo y que permitió trascender la mera composición para todo tipo de teclados y centrarse en su majestad, el pianoforte.

Como si se tratara de una intuición en torno a los principios de ejercicio de la potestad en el ámbito de una constitución mixta o moderada, en el sentido que explica inmejorablemente el iushistoriador florentino Maurizio Fioravanti, el niño Beethoven inaugura su trilogía en un tono galante y aristocrático, con la Sonata no. 1 en mi bemol. Sostiene Swafford que la afectación pomposa bien pudo ser un “homenaje al elector”. La Sonata no. 2 en fa menor, por su parte, anuncia la intensidad de Cristo en el monte de los olivos, la Missa solemnis o la Fantasía Coral, con un andante como tercer movimiento “increíblemente patético para un muchacho de doce años”. De hecho, esta primera sonata beethoveniana escrita en tonalidad menor profetiza la Patética opus 13, por su sombría introducción, su “torrencial” allegro y la repetición temática de la introducción en un muy poco usual par de ocasiones.

La electoral no. 3 en re mayor es vitalista, incluso se diría que democrática, popular o, al menos, iluminista en el sentido de un Haydn. Con un minueto seguido por seis variaciones, la “idea formal” de Beethoven encuentra, siempre según Swafford, un acabado más cabal. El amigo del pueblo que, andando el tiempo, tachará la dedicatoria bonapartista de la Heroica, es otro gentil anuncio infantil de esta extraordinaria sonata.

El niño domina ya, gracias a Neefe pero sobre todo a su aluvional talento, la práctica de la armonía y de la forma sonata en la que las décadas venideras hallará exultación. Ofrece a cada tonalidad un carácter propio: nobiliario en el mi bemol mayor, “oscura y furiosa” con el fa menor, luminosa y esperanzadora en el re mayor. Conecta sus temas a través de pequeños motivos, lo cual habla de una precoz madurez que confiere a sus composiciones la unidad de carácter que con el tiempo conmovió a la humanidad entera.

Obras proto-adolescentes, las Electorales son también convencionales e, incluso, informes. “Es difícil aventurar si sus desviaciones de las formas habituales son producto de su imaginación o simples ingenuidades; aún no había llegado a aprender la lógica interna de la forma, de cómo hacer que el material elabore un diseño y se instale convincentemente en su interior”. Imposible no pensar en la Transición mexicana a la democracia al leer las crudas admoniciones del experto Swafford. Se trata, por supuesto, de una casualidad o del efecto lógico que produce leer la palabra “electoral” en un libro dedicado a celebrar la Música mayúscula, pero no deja de dar vueltas en la cabeza de quien esto escribe la perversa idea de que todos nuestros problemas son, en el fondo, una cuestión de ingenuidad y de falta de convencimiento que, con los años, habrá de resolverse en la celebración “heroica” y “pastoral” de una “Oda a la alegría”: soy, con León Tolstoi, un convencido de que el allegretto de la Séptima Sinfonía tiene la potencialidad de exterminar los obstáculos para el encauzamiento de realidades espirituales de tan alta y trascendente encomienda como es la relacionada con la conducción racional, sensata y bondadosa de un pueblo.

Llenas de indicaciones expresivas, algunas “extremas de dinámica” como ff y pp, “infrecuentes en Mozart y Haydn”, las Sonatas electorales del preadolescente renano desbordan entusiasmo y patetismo, y no se hallan exentas de la preocupación constante que ha acompañado a nuestros procesos democratizadores: pareciera que miran una y otra vez al abismo y que la escritura idiomática, causa de innumerables y multiseculares críticas, se torna una obsesión capaz de desafiar al más profesional de los maestros, el racionalista Neefe. El esfuerzo, en todo caso, como pasará tantas veces con Beethoven (y con nuestra multicolor transición) escapa voluntariamente a todo intento reduccionista de codificación.

Concluamos, si no, transcribiendo la dedicatoria al elector que el joven Ludwig plasmó en la partitura impresa de las sonatas: “¡Vuestra Alteza! Desde que cumplí cuatro años la música ha sido la primera de mis ocupaciones infantiles. Habiendo sido introducido muy pronto en esta querida musa que inspiró las más puras armonías de mi alma, crecí para amarla y, como a menudo he podido sentir, ella correspondió a este amor. Ahora he alcanzado mi undécimo año y, como entonces,

en las horas de dichosa soledad, mi musa me ha susurrado con frecuencia: 'Intenta escribir las armonías que suenan en tu alma!'..."

¿A quién sería capaz de escribir con tanta armonía y belleza nuestra adolescente (y adolorida) democracia? En todo caso, estamos en posibilidad, aún, de disfrutar las apasionadas variaciones sobre el mismo tema electoral.

Yo, por mi parte, apuro una sonrisa de lado pensando en Artur Schnabel, el maestro expresivo, comenzando a grabar por primera vez el ciclo integral de las sonatas del amado inmortal justo en el instante en que la noche de los tiempos parecía ceñirse, implacable, sobre la democracia constitucional.